Guiomar, el último amor de Antonio Machado

Brac, 117 (91-96) 1989

Por Mª José PORRO HERRERA
(ACADEMICA CORRESPONDIENTE)

Creí mi hogar pagado
y revolví la ceniza...
Me quemé la mano.

Cuando hacia finales de 1926 o primeros de 1927 Antonio Machado encuentra a Pilar de Valderrama en Segovia, ambos distaban de imaginar que aquel breve instante marcaría el comienzo de una estrecha relación en la que el poeta, acostumbrado a sentir hondo, iba a verse obligado a aliviar su sentir mediante el recurso del verso. Si una mujer, Leonor, su esposa, había protagonizado un fugaz, etéreo y ensoñado cancionero amoroso, otra mujer, Guiomar, de la que durante algunos años se desconocería casi todo: su nombre, situación familiar..., y de la que incluso se llegaría a negar su existencia, va a protagonizar otro cancionero mucho más denso en matices, contenido unas veces, desbordado otras, pero siempre dentro de la corriente amorosa que viene regando la poesía española desde los cancioneros trovadorescos y la poesía clásica más fructífera.

Es cierto que Antonio Machado se muestra especialmente parco y cauteloso cuando de dar a conocer esta faceta afectiva se trata, pero no lo es menos que la variedad de matices y riqueza poética que encierran los poemas amorosos les permiten figurar sin desmerecer a algunos de ellos antologizados junto a otros que tradicionalmente han venido considerándose como ejemplos en el género tratado.

Como hemos dicho, hubo un tiempo en que nadie se atrevió a pensar en que Guiomar fuera otra cosa que un hallazgo poético y que encubriera no sólo a una mujer sino que esta mujer hubiera podido sustituir realmente en el corazón del poeta a Leonor, su mujer-niña. Y debió ser otra mujer, Concha Espina, quien con espíritu más novelador que crítico, desvelara sólo una parte de la verdad de aquella historia con la publicación de un libro titulado **De Antonio Machado a su grande y secreto amor**, publicado en 1950. En él, sin citar nombres, se recogían confidencias y se trascribían fragmentos de cartas salidas de la pluma del autor: el tono de las mismas ponían al descubierto lazos afectivos que arrojaban plena luz sobre los poemas amorosos dedicados a Guiomar. El libro despertó críticas, suspicacias, recelos...; el mayor reproche que hoy puede hacérsele

es haber mutilado, interpretado y destruído en parte un material autobiográfico de primerísima calidad. Pero hubo de reconocérsele el mérito de despertar la inquietud dormida entre los machadianos por conocer la verdad del caso. Y esa verdad nos fue revelada primero por el libro de Justina Ruiz de Conde **Antonio Machado y Guiomar** (1964). Su autora arriesgaba en sus páginas el nombre de Pilar de Valderrama, dama casada, de familia acomodada, a quien el poeta habría conocido en Segovia en fecha discutida, si bien hoy se venga fijando hacia finales de 1926, a juzgar por una carta que le dirige Antonio Machado en los primeros meses de 1927, en la que se dirige a ella en tono familiar al hablarle de la indumentaria que deberá cuidar a partir de su elección como académico el día 27 de marzo del mismo año. En ella le dice:

> De mi indumentaria cuidaré también; aunque requiere algunos días. Soy tan apático para ocuparme de esas cosas y, además, me gasto en libros lo que otros emplean en indumentos. Pero de ningún modo consentiré desagradar a mi diosa. Además, un académico no puede ya ser tan Adán. Y sobre todo, tú mandas, saladita mía. Discúlpame un poco, sin embargo... ¡Paso la mitad de mi vida tan sólo!.

En 1929, cuando se estrena en Madrid **La Lola se va a los Puertos**, la relación Guiomar-Machado está en su apogeo. Lola es un retrato de Guiomar y esta última, la auténtica Pilar de Valderrama escribe unos versos a instancias del poeta que se recogen dentro de la obra. Por si fuera poco, en otra ocasión le escribe Machado:

> ... El propósito de sublimar a la Lola es cosa mía. Se me ocurrió a mí pensando en mi diosa y se exponía en la primera escena del segundo acto que te leí un día en nuestro rincón. A tí se debe, pues, toda la parte trascendental e ideal de la obra. Porque yo no hubiera pensado jamás santificar a una cantadora...

Muchas veces los críticos se preguntaron por la naturaleza de estas relaciones, temiendo empañar con el descubrimiento el recuerdo de Leonor; las treinta y seis cartas que se conservan de Machado, de los cerca de dos centenares que escribió a Guiomar y los poemas que a ella dedica, son suficientemente ilustrativos y permiten conocer sus encuentros semanales en el café Franco-Español, del madrileño barrio de Cuatro Caminos, sus breves encuentros en la playa de San Sebastián, donde Pilar veraneaba con su familia, su visita a Hendaya, algunos de los regalos que Antonio le hizo: unos zarcillos de perlas y un ejemplar de lujo de una edición de las obras de Dante ...

La familia de Machado conocía estas relaciones y no las aproba-

ba. José muestra hacia ella poca simpatía y la trata con desconsideración evidente:

> Así como en el primer amor el nombre de madre le basta para que llegue toda la honda emoción que siente al recordarla, y así como también al evocar a la esposa, sólo una vez escribe su nombre, en este tercer amor, es el nombre el que primero aparece: "Guiomar". Claro que, a mí me consta, bajo este bello nombre, se oculta el verdadero nombre de la dama. Olvidado es, de puro sabido, que a los grandes hombres jamás han faltado todo género de admiradoras y, que entre ellas, las más impelentes y atrevidas son las que siempre han conseguido más. Son de la clase de mujeres que no esperan a que las busquen.

Matea Monedero, la esposa de José, recuerda que "a menudo, Antonio recibía en casa cartas de una mujer, aunque nunca presté atención al remite, porque era asunto que no me concernía", párrafo suficientemente evasivo sobre lo que pensaba al respecto. Sin embargo Manuel, años después de la muerte de Antonio, escribirá un soneto-prólogo al libro **Holocausto** publicado por Pilar. El poema se abre con los versos siguientes:

> Pilar: con una lágrima, un soneto:
> a abrir tu nuevo libro se adelante,
> y a dar, sin más retórica elegante,
> a tu Arte, amor, a tu dolor, respeto ...

Entre el encuentro en Soria y la despedida en Madrid, Antonio Machado se ha vuelto a enamorar apasionadamente, si bien la situación familiar de Guiomar dificultará el desarrollo y culminación de estas relaciones impidiendo lo que ambos ansiarían: un final feliz. El obstáculo mayor con que tropiezan es el matrimonio de Pilar; familia conocida en Madrid, rodeada de un círculo de personas más o menos afines, Pilar es una mujer inquieta a la que le gusta escribir poesía y prosa poética -**Las piedras de Horeb** (1923), **Huerto cerrado** (1929), **Esencias** (1930), **Holocausto** (1943), **Espacio** (1958), y **Obra poética** (1958)- y teatro -**Sueño de las tres princesas** (1929), **El tercer mundo** (1934) y **La vida que no se vive** (1930)- y que no teniendo bastante con esto escribe y dirige obritas que se representan en su casa de Madrid en su teatro privado "Fantasio". A él acudirán amigos y familiares: los Baroja, Concha Espina, Eugenio D'Ors, Victorio Macho, Cristóbal de Castro, entre otros. Las relaciones con su marido no son buenas, pero el amor de los hijos, la educación recibida y los convencionalismos sociales no le permiten adoptar otra actitud distinta a la que conocemos. Disimular y guardar las formas será lo habitual: "relaciones que antes eran delito y pecado, fueron sólo pecado cuando llegó la República", dice Justina Ruiz de Conde en su ya citado libro.

Antonio Machado se enamora, pues, de Guiomar y su experiencia va a ser radicalmente distinta de las anteriores. El amor-ensoñación que representaba Leonor, o mejor, los poemas a ella dedicados, han dejado paso al erotismo: nada más sugeridor y directo que el poema que recrea uno de sus encuentros en los amaneceres del veraneo norteño:

¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar!
.....

En el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;
asomada al malecón
que bate la mar de un sueño,
y bajo el arco del ceño
de mi vigilia, a traición,
¡siempre tú!
Guiomar, Guiomar,
mírame en tí castigado:
reo de haberte creado,
Ya no te puedo olvidar. (CLXXIV)

Para esta clase de amor, Antonio Machado venía preparándose desde mucho antes y la teoría erótica que lo fundamenta está explicitada por boca de su heterónimo Abel Martín, en las páginas de su "Cancionero Apócrifo" y en los "Sonetos" de **Nuevas Canciones:**

Huye del triste amor, amor pacato,
sin peligro, sin venda ni aventura,
que espera del amor prenda segura,
porque en amor, locura es lo sensato.

No cabe duda de que el amor de Antonio Machado por Guiomar fue sincero, completo y anhelado en todo momento. Sin embargo, su materialización, su consecución plena fue imposible y en ello parecen estar de acuerdo cuantos han buceado en este episodio biográfico machadiano; quizá se debiera a la "intransigencia de Guiomar y (a) la transmutación literaria del mismo", dice José Mª Moreiro en **Guiomar, un amor imposible de Machado** (1982). Nuestro poeta era bien consciente de ello, en verso y en prosa. Dice en las "Canciones a Guiomar":

En un jardín te he soñado,
alto, Guiomar, sobre el río...

Y en una de las cartas que le envía:

> ... Pero lo que más me llena de satisfacción es el párrafo que termina con tu ¿sabes? ¿sabes?. Y aunque no olvido aquello de "a las palabras de amor / les siente bien su poquito / de exageración", yo, diosa mía, con una miajita de verdad me contento y, en último caso, con la ilusión de esa miajita ...

Y en esa imaginación Machado va desplazándose cada vez más a lo que él llama "tercer mundo", desde el que imaginar, pensar, re-crear sus relaciones con la amada que tantas dificultades encuentran en la vida cotidiana. No otra cosa cuentan estos versos:

> Hoy te escribo en mi celda de viajero,
> a la hora de una cita imaginaria...

Antes de la separación definitiva, Machado se ha visto obligado a renunciar a un amor compartido:

> Cuando en amor se renuncia -aunque sea por necesidad fatal, a lo humano-, o no queda nada -que es el caso más frecuente entre hombres y mujeres- o queda lo indestructible, lo eterno ...

La separación, la ruptura de las relaciones no iba a hacerse esperar. Antonio la presiente y la canta con cierto aire entre resignado y burlón:

> Todo amor es fantasía;
> él inventa el año, el día,
> la hora y su melodía;
> inventa el amante y, más,
> la amada. No prueba nada
> contra el amor que la amada
> no haya existido jamás.

Guiomar, "imagen percibida, representada y luego sustituída por la imagen creada, Guiomar olvidada, recordada, creada apasionadamente después"(J. Ruiz de Conde, p. 141) ve aproximarse la guerra civil y con su familia marcha a Portugal. Antes se ha despedido de su poeta. De su muerte no tendría noticias hasta bien pasados los años después de terminada la contienda. La presencia de Guiomar no obstante se mantendría constante en el recuerdo de Machado; en su homenaje, en medio del fragor de la contienda, surgen los versos doloridos del poeta en una despedida emocionada:

> De mar a mar, entre los dos la guerra,
> más honda que la mar. En mi parterre
> miro a la mar, que el horizonte cierra.
> Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,

miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoëns cantara, tenebrosa.
¡Acaso a tí mi ausencia te acompaña.
A mi me duele tu recuerdo, diosa.
La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y en la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama
y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío!.